



FOTO: FMI

Después de la crisis

Debemos aprovechar esta oportunidad para construir un mundo mejor

Kristalina Georgieva

SI NOS REMONTÁRAMOS al comienzo de 2020, el mundo en el que vivimos hoy sería irreconocible. Para proteger la salud pública, la economía mundial entró en situación de estancamiento. Las tiendas cerraron, las fábricas suspendieron su actividad y la libertad de la gente se vio severamente restringida.

Ningún país ha podido esquivar las repercusiones sanitarias, económicas y sociales de la crisis de la COVID-19. Trágicamente, más de 260.000 personas han muerto y millones han sido infectadas. El FMI proyecta que la actividad económica mundial disminuirá en una escala no registrada desde la Gran Depresión. Se trata, sin duda, de una crisis sin precedentes.

Pero a pesar de las desalentadoras perspectivas, tengo esperanza en el futuro. Las crisis suelen sacar a relucir lo mejor de la gente, y eso es algo que he constatado de primera mano en países azotados por guerras y desastres naturales.

La lucha contra la pandemia ya está dejando ver esto, con médicos y enfermeros de todo el mundo que arriesgan su propia vida para salvar las de otros. Y los gobiernos están tomando medidas de una forma nunca antes vista. Para combatir la pandemia han combinado drásticas intervenciones de salud pública con medidas fiscales que ascienden

a alrededor de USD 8,7 billones. Los bancos centrales han recurrido a inyecciones masivas de liquidez, y los países más ricos han reforzado su asistencia a las naciones más pobres.

A toda prisa

La respuesta del FMI no se ha hecho esperar. Duplicamos nuestra capacidad para desembolsos de emergencia a fin de atender una demanda prevista de USD 100.000 millones, y para mediados de mayo el FMI ya había aprobado financiamiento para más de 60 países, una cifra récord. Creamos además una nueva línea de liquidez a corto plazo, y tomamos medidas para triplicar nuestro financiamiento concesionario, con la meta de conseguir USD 17.000 millones en nuevos recursos de préstamo para nuestro Fondo Fiduciario para el Crecimiento y la Lucha contra la Pobreza, que apoya a las economías más pobres.

Para ayudar a los países vulnerables brindándoles rápido alivio de sus obligaciones de servicio de la deuda frente al FMI, reformamos nuestro Fondo Fiduciario para Alivio y Contención de Catástrofes. En colaboración con el Banco Mundial, también hicimos diligencias para que se suspendan hasta el final de 2020 los reembolsos de la deuda oficial bilateral de los países más pobres.

A la vez de actuar con celeridad, el FMI no ha dejado de hacer hincapié en su compromiso colectivo con los países miembros y el respaldo que les brinda para que aborden las vulnerabilidades relacionadas con la gestión de gobierno. La corrupción desvía recursos que podrían destinarse a prioridades como salud pública, protección social, aprendizaje a distancia y otros servicios esenciales. Las distorsiones en las prioridades de gasto menoscabarán la recuperación y los esfuerzos que se realicen a largo plazo para fomentar el crecimiento sostenible e inclusivo, o para elevar la productividad y los niveles de vida. Nuestro mensaje a los gobiernos es claro: hagan todo lo que sea posible, pero asegúrense de guardar los recibos. No queremos que la rendición de cuentas y la transparencia queden relegadas a un segundo plano. En la práctica, esto significa brindar apoyo a los países para que adopten una serie de medidas de gestión de las finanzas públicas y para luchar contra la corrupción y el lavado de dinero.

En los peores momentos de la crisis, los gobiernos han hecho lo correcto al concentrar sus esfuerzos en salvar vidas y preservar los medios de vida. En los lugares en que las nuevas infecciones y las muertes están disminuyendo, los gobiernos están planteándose cuál sería la mejor estrategia para reabrir la economía de manera responsable. En los países en desarrollo donde un gran número de hogares viven con lo necesario día a día, la prolongación de las medidas de contención quizá no sean una opción viable, y hay que pensar en cómo proceder a la reapertura teniendo en cuenta la menor capacidad de los sistemas de atención de la salud.

Al menos en su primera fase, la recuperación será inusual porque aún reina incertidumbre acerca de la trayectoria del

virus, las posibles vacunas y los tratamientos. Esto podría entorpecer la reactivación de la inversión y el consumo, sobre todo si las tasas de infección repuntan a medida que se relajen las medidas de contención.

No obstante, la recuperación tendrá varias características en común con episodios previos. En los países en los que los fundamentos macroeconómicos son más sólidos y hay cohesión social y redes de protección, la recuperación probablemente será más rápida y vigorosa. Las vulnerabilidades existentes —como altos niveles de deuda soberana, balances endeblados en empresas, hogares y bancos, y escasa credibilidad de las políticas— trabarán la recuperación. Los gobiernos se enfrentarán al reto de replugar gradualmente las políticas adoptadas para hacer frente a la crisis. Ahora más que nunca la cooperación mundial será vital, y las instituciones internacionales deberían facilitar la coordinación de medidas, el intercambio de datos, la protección de las cadenas de suministro y el apoyo a los países más vulnerables.

Una recuperación verde

El virtual estancamiento económico nos brinda, no obstante, una oportunidad de usar las políticas para transformar la forma en que vivimos, y construir un mundo **más verde, más inteligente y más justo**.

Más verde: La actual crisis sanitaria nos recuerda lo vulnerables que somos todos frente a la increíble fuerza de la naturaleza. Sin embargo, así como los científicos nos advirtieron del riesgo de una pandemia —un “cisne negro”—, también nos han advertido de las terribles consecuencias del cambio climático catastrófico. En el caso de la COVID-19 ya no podemos dar marcha atrás, pero sí estamos a tiempo de invertir en reducir las emisiones y adaptarnos a las nuevas condiciones ambientales.

A medida que las economías se estabilicen, tendremos la oportunidad de reorientarlas de manera que la sostenibilidad y la resiliencia sean tan prioritarias como la eficiencia y la rentabilidad. La adopción de políticas correctas ayudará a asignar recursos a inversiones en pro de bienes públicos, como aire limpio, defensas contra inundaciones, infraestructura resiliente o energía renovable. Mientras tanto, el abaratamiento de las materias primas pueden crear el espacio fiscal para eliminar gradualmente los subsidios regresivos a los combustibles, que incrementan las emisiones de carbono. La recompensa sería considerable: solo en el sector energético, la transición a un régimen de bajo uso de carbono requeriría inversiones anuales de USD 2,3 billones durante una década, lo cual generaría crecimiento y empleo durante la fase de recuperación.

Más inteligente: Muchos de nosotros nos hemos visto en la necesidad de trabajar desde casa y de recurrir a la tecnología para seguir siendo productivos. Hemos estado viajando menos, consumiendo menos recursos y adoptando procesos empresariales más ágiles. Los colegios, las empresas y las instituciones probablemente incorporarán algunos

de los métodos de trabajo más inteligentes que han dado buen resultado, pero la crisis ha puesto de manifiesto la importancia de invertir para fortalecer la infraestructura digital y crear un marco de políticas robusto.

En 2018, el FMI y el Banco Mundial establecieron la Agenda de Bali sobre Tecnofinanzas, con el fin de ayudar a los países a aprovechar las ventajas que ofrecen los rápidos avances de la tecnología financiera, controlando al mismo tiempo los riesgos que plantea. Estamos agilizando nuestra labor con los países miembros para ampliar la transformación digital y así expandir sus beneficios. Bien administradas, las tecnofinanzas pueden, por ejemplo, poner fin a la exclusión financiera de 1.700 millones de personas de países en desarrollo que carecen de acceso a servicios bancarios.

Más justo: Las investigaciones del FMI también han demostrado que una menor desigualdad de ingresos se asocia con un crecimiento más fuerte y sostenible, pero el Gran Confinamiento ha acentuado muchas disparidades sociales. Por ejemplo, hay el doble de probabilidades de que los trabajadores informales en sectores no regulados o fuera del sistema tributario pertenezcan a hogares pobres. Estos mismos trabajadores, por lo general, no gozan de licencias por enfermedad ni de seguros de desempleo, y su acceso a las prestaciones de salud suele ser precario.

El aumento del gasto público en apoyo de personas, empresas y comunidades ofrece la oportunidad de invertir en la gente para construir sociedades y economías más equitativas. Esto significa gastar más y mejor en educación, capacitación y reconversión profesional. Significa ampliar los programas sociales bien focalizados para llegar a los segmentos más vulnerables. Y significa reducir la discriminación en el mercado laboral para empoderar a la mujer. Esta inversión habrá de financiarse con impuestos más equitativos, sobre todo en vista de los mayores niveles de deuda pública provocados por la crisis.

Nuevo espíritu de solidaridad

Estamos ayudándonos los unos a los otros, a gran y pequeña escala. El personal del FMI ha hecho posible que miles de millones de dólares se destinen a apoyar a la gente más vulnerable del mundo. También han preparado comidas para las personas vulnerables en nuestra propia comunidad y han cuidado de vecinos que han enfermado.

Esta es la solidaridad que me hace albergar esperanza en el futuro. El FMI ya ha demostrado su temple como socorrista económico de primera línea durante la crisis. Al entrar en la segunda fase, la institución que dirijo está decidida a apoyar a los países miembros de todas las formas que podamos: mediante asesoramiento sobre políticas, financiamiento y actividades de fortalecimiento de las capacidades. Juntos aprovecharemos la oportunidad para construir un mundo mejor. **FD**

KRISTALINA GEORGIEVA es la Directora Gerente del FMI.